

Kengi...: Introducción

Era una tierra lejana, por la que corrían dos ríos caprichosos y la llanura se extendía plana hasta el horizonte, entre campos cultivados, canales de regadío, pantanos y cañaverales. Al sur de esta tierra estaba el Mar Inferior. Al este, los montes Zagros. Al oeste, el árido desierto. Era la tierra de Sumer, donde vivieron los hombres que se llamaban a sí mismos Cabezas Negras.

Descripción

Los Cabezas Negras crearon la gran civilización sumeria, dejándonos un complicado alfabeto de letras cuneiformes y miles de tablas de arcilla. Muchas historias se escribieron en la superficie de estas tablas. Historias de reyes, de dioses y de héroes legendarios. Historias de guerras y de conquistas. Historias de amor. Esta es una de ellas, aunque no habla de reyes ni de héroes.

Anáfora

Sucedió, pues, un día, en una aldea a pocas horas de camino de Ur, la gran ciudad a orillas del Éufrates...

Pedro Ángel Deza



Kengi...: Cap. 1 (Primera parte)

1. El río

Diálogo

—¡Aligera con el agua, Kengi! No pierdas el tiempo como de costumbre.

Narrador en 3ª persona

Kengi el Soñador tuvo un susto.

—Voy enseguida —respondió a su tía, que lo estaba mirando desde la puerta de la casa con cierto reproche.

Narrador omnisciente

Después se puso a correr hacia el río, sintiéndose algo culpable. La voz de su tía Ninkilisu le había llegado mientras estaba embobado, mirando una gran nube en forma de asno que se deslizaba lenta por encima de su cabeza.

En la tierra de Sumer las lluvias tempestuosas se concentraban principalmente en otoño. Hacía mucho tiempo que no se veía ninguna nube de grandes dimensiones. Le había parecido natural pararse a observar aquella nube blanquecina, solitaria y tardía, antes de que el viento la hiciera desaparecer.

Adjetivación-epíteto

Pedro Ángel Deza



Kengi...: Cap. 1 (Primera parte)

Metáfora impura

Símil

La nube en forma de asno parecía galopar por el cielo azul, como si persiguiera a sus compañeras ya desaparecidas en dirección al mar. Si prestaba atención, lograba oír el repiqueteo de sus cascacos, el frufrú de su cola, su rebuzno impaciente. Un momento antes había creído incluso verlo sacudir la cabeza. Pero él tenía sólo trece años. Los adultos –ya se sabe– tienen ideas un poco diferentes de lo que una nube puede, o no puede, hacer. Y si bien el tío Ebil y la tía Ninkilisu siempre habían sido muy buenos con él, no permitían que se perdiera tiempo cuando había trabajo pendiente.

Símil

Kengi el Soñador corrió hacia el río tan deprisa como pudo, a través del sendero de tierra pisada que había entre los cañaverales. Se arrimó a la orilla y echó al agua el saco de piel que llevaba. Enseguida notó un tirón y tuvo que hacer fuerza para que no se le escapara de las manos la cuerda que lo sujetaba. Era el último día de abril. La riada que todos los años aumentaba el caudal del río Éufrates se hacía esperar. El gran río era un gigante caprichoso, solía decir su tío Ebil. Nadie podía prever exactamente cuándo despertaría de su sueño invernal.

Pedro Ángel Deza

Personificación



Enumeración



Kengi...: Cap. 1 (Primera parte)

Anáfora

Pero la corriente rápida y su oscura superficie hacían creer que el momento estaba ya cerca. Pronto el río crecería repleto por las aguas y los desechos que llegaban de lejanas y misteriosas tierras del norte. Pronto buscaría salirse de sus márgenes y arrojarlos sobre los campos, como el león que se tira sobre una cabra y la aplasta contra el suelo con su peso antes de clavarle los dientes. Entonces el Éufrates se transformaría en un gigante sordo y ciego, y sólo las plegarias a los dioses, los canales artificiales y las márgenes reforzadas, lo tendrían sujeto, impidiéndole, destruir el mundo, como había hecho el Gran Diluvio en los legendarios tiempos de los primeros reyes.

Símil

Personificación

Símil

–Kengi, ¿aún no acabas? ¡Necesito el agua!

Diálogo

La voz de la tía Ninkilisu apenas se oía por la distancia, pero era claramente impaciente, lo que le hizo comprender que otra vez se había distraído.

Narrador omnisciente

– ¡Ya voy! –gritó.

Pedro Ángel Deza



Kengi...: Cap. 1 (Primera parte)

Y empezó a tirar de la cuerda envolviéndosela alrededor del brazo. Fue entonces cuando en el río apareció una barca. Cerca de la aldea, el Éufrates hacía un par de curvas, y la embarcación había quedado escondida hasta entonces detrás de los sauces que crecían a lo largo de la orilla como un telón ondulante de ramas y hojas. La embarcación, era mediana, con seis remos y una vela cuadrada en su único palo. Sus lados, pintados de rojo y amarillo, se hundían en el agua: señal de que su bodega iba llena. Debía tratarse del transporte de algún rico mercader que volvía de Ur con su carga de mercancías. Y no era ciertamente una presencia insólita en el Éufrates. El gran río era una verdadera carretera de agua que barcas, balsas y embarcaciones de todas clases recorrían cada día, de norte a sur, de sur a norte, transportando maderas, piedras para la construcción, aceite, grano, animales y todo cuanto podía ser comprado o vendido.

Enumeración

Asíndeton

Pedro Ángel Deza



Símil

Descripción

Metáfora impura



Kengi...: Cap. 1 (Primera parte)

Anáfora

Desde pequeño, Kengi había contemplado las embarcaciones variopintas que se deslizaban por el agua delante de la aldea. Desde pequeño había escuchado los gritos de los marineros que se llamaban unos a otros para hacer las maniobras, el ruido de los remos, las voces del viento que bramaba entre las velas. Uno de sus juegos preferidos era tratar de adivinar de dónde venían y qué transportaban. Y también aquel día, a pesar de sus buenos propósitos, no pudo hacer otra cosa que pararse para mirar.

En la barcaza había unos diez hombres. La mayor parte sentados a los remos. Dos estaban de pie y conversaban, gesticulando y sacudiendo la cabeza con fuerza, como si estuvieran discutiendo. El primero de los dos –probablemente el mercader propietario de la embarcación– iba vestido con una falda de lana, una manteleta y un gorro bordado. El otro debía de ser un marinero o un siervo, porque su aspecto era más modesto. Cuando la barcaza, siguiendo la curva del río, estuvo cerca de la ribera, Kengi pudo oír alguna palabra transportada por el viento.

Pedro Ángel Deza



Enumeración

Asíndeton

Descripción

Enumeración



Kengi...: Cap. 1 (Primera parte)

- ←... ¡eres un ladrón! *Diálogo*
- ←No, eso no es verdad... ¡Jamás he quitado nada a nadie!
- ←Ten cuidado... ¡Los dioses te están mirando!
- ←... le juro...
- ←... en cuanto llegemos... ¡Los jueces del rey! Ellos decidirán...

Aunque las frases llegaban entrecortadas, **entendió que** el mercader acusaba al siervo de robo y **que el otro juraba** su propia inocencia. Siguió mirándolos con curiosidad. Los dos hombres continuaron discutiendo algunos segundos más. Después, de improvviso, el que parecía un marinero **lanzó un grito, levantó un bastón y dio un golpe en la cabeza del otro. El mercader intentó protegerse con las manos, pero no pudo evitar el golpe.** Kengi lo vio **tambalearse, perder el equilibrio y caer al agua.**

Enumeración

Pedro Ángel Deza



Estilo indirecto

Odio



Kengi...: Cap. 1 (Primera parte)

Odio

Desde la barca se levantaron enseguida voces alarmadas. **Gritando y acusándose entre ellos**, los marineros intentaron con los remos frenar la embarcación, pero en el punto donde el mercader cayó por la borda la corriente del río era muy fuerte. Antes de que los hombres pudieran organizarse, la barcaza se había alejado varias decenas de metros.

Todo sucedió muy rápidamente, y por un momento Kengi no pudo hacer otra cosa que mirar la oscura superficie del río con los ojos abiertos de par en par. El hombre que cayó al agua había salido ya a la superficie, y ahora flotaba apareciendo y desapareciendo entre los remolinos. Transportado por el río, su cuerpo **se deslizaba rápidamente, como una minúscula balsa sin remos.** Pero no se movía. No intentaba nadar y llegar a la orilla como sería lógico suponer. Con los brazos abiertos y las piernas estiradas, **permanecía inmóvil en el agua como si se hubiera desvanecido o ahogado.**

Símil

Símil

Pedro Ángel Deza



Kengi...: Cap. 1 (Primera parte)

Kengi sólo tuvo un segundo de indecisión. Enseguida dejó caer la bolsa del agua y se puso a correr a lo largo de la ribera procurando no perderlo de vista. El río siguió arrastrando al mercader varios centenares de metros, sumergiéndole y sacándolo a flote varias veces. Después, el cuerpo tropezó y se enredó con un grupo de cañas que crecía a lo largo de la orilla, allí donde el río formaba un pequeño recodo y la corriente se calmaba. Kengi se precipitó hacia allá y bajó corriendo la inclinada pendiente de tierra y piedras. Metiéndose en el agua hasta la cintura, con los pies desnudos que se le hundían en el barro, cogió al hombre por los brazos y lo arrastró hacia la orilla. El mercader era alto y robusto, mientras que él era un muchacho demasiado pequeño y delgado para su edad. Si bien el agua anulaba casi el peso del hombre, le costó enormemente poder arrastrarlo. Finalmente lo logró y pudo sacarlo lo necesario para que la corriente no tirara de él y se lo llevara de nuevo. Lo miró, respirando afanosamente por el cansancio.

Pedro Ángel Deza



Solidaridad

Prosopografía
Contraste



Kengi...: Cap. 1 (Primera parte)

El hombre estaba vivo, desvanecido y con una herida en la frente, pero respiraba tendido sobre su espalda: su pecho subía y bajaba bajo la manteleta chorreando de agua. Kengi empezó a sacudirlo con cuidado.

Diálogo

—Señor... —le llamó—, señor...

De improviso, y no muy lejanas, se oyeron voces:

—¡Por aquí! He visto que iba hacia esa parte.

—No, ¡era más allá!

—Es inútil. A esta hora ya estará en el fondo del río...

—¡Te digo que lo he visto!

—¡Corred y no perdamos tiempo!

Diálogo

Pedro Ángel Deza



Kengi...: Cap. 1 (Primera parte)



Alguien se estaba acercando, gritando y corriendo ruidosamente entre los cañaverales. Kengi **comprendió** enseguida que se trataba de los marineros de la barca. Remando a contracorriente habían logrado para la embarcación y bajar a tierra, y ahora volvían hacia atrás corriendo, intentando socorrer a su patrón. Sus **voces ásperas, irritadas y nerviosas**, le provocaron un escalofrío. De golpe **le entró miedo**. Le pareció que había hecho **mal** al ocuparse de un hombre desconocido que yacía en la ribera del río, semiahogado y sin sentido. El mercader llevaba un precioso collar de lapislázuli y un cinturón adornado con piezas de plata. Quizá al caerse al agua habría perdido algún otro adorno costoso. Si lo encontraban a su lado, los marineros **podían pensar que era un ladrón**. Es más, seguramente lo **habrían creído**. En un momento, **con los ojos de la fantasía**, Kengi **se vio al pie de los jueces**, que lo condenaban a los **peores castigos** por un delito que no había cometido. **Escuchó las palabras de la sentencia**. Sintió los **latigazos en su espalda**. Sin pensarlo dos veces, se levantó de golpe y **echó a correr**. Mientras corría con el corazón en la garganta, oyó unas voces que le llamaban:

Pedro Ángel Deza

Narrador omnisciente
Adjetivación
Sinestesia

Miedo

Metáfora impura



Kengi...: Cap. 1 (Primera parte)



Diálogo

—¡Muchacho! ¿Adónde vas? ¡Detente!

Siguiendo la corriente, Kengi se había alejado bastante de su aldea. Continuó corriendo, casi sin aliento, sin detenerse. Cuando **llegó a casa**, apenas oyó los reproches de tía Ninkilisu, que **quería saber dónde había dejado la bolsa de piel**. Casi no oyó la bronca de tío Ebil, que **se preguntaba** a gritos qué tenía en la cabeza aquel bendito muchacho capaz sólo de soñar con **los ojos abiertos**. Estaba demasiado asustado. Les dejó decir, bien contento de poder sufrir sus reproches en la tranquilidad de un refugio seguro.

Pedro Ángel Deza

Estilo indirecto

